

La granja

Cuando llegué a la verja que rodeaba mi objetivo, vi que granjeros y monjes trabajaban codo con codo. Unos gritaban y otros se quejaban. A veces mentaban a Limeres, ese Dios que el bueno de Berger despreciaba. Ante tal actividad en la granja, no me quedó más remedio que dar una vuelta hasta que se hiciera de noche.

Así pues, esperé a que oscureciera para acometer mi proyecto de latrocinio. Estaba al fondo de un callejón sin salida, al lado de una iglesia que parecía tener más años que Dios. Toda seña de actividad había desaparecido. Salté la verja sin contratiempos y pisé la tierra. Mis pies notaron la humedad. Aún a oscuras, todo parecía más cuidado que en la granja de Bald, y eso, por alguna razón, me molestó. Pasé por las parcelas dedicadas a las verduras y curioseé un pequeño invernadero donde debían tener plantas aromáticas, porque entró a mi nariz una fusión de olores que me hizo estornudar. Alarmado por mi propio jaleo, me apresuré en llegar al granero.

Estaba al fondo y era un cobertizo construido con troncos de madera y piedras irregulares. Ahí tenía que estar la paja. El bueno de Berger la amontonaba en un lugar parecido. Allané la morada con el corazón en un puño. Todavía no me acostumbraba del todo a eso de ser el bandido. Era más fácil ser el vigía, el que daba la voz de alarma para que el bueno de Berger saliera dando voces con el azadón. Recé para que no hubiera un vigía tan bueno como yo, y caminé agazapado, arrastrando un agujereado saco de arpillera. No me detuve a saludar a las gallinas, que cocoroteaban sin descanso en el corral, pero se me ocurrió que una gallina le vendría bien a mi refugio y supondría una mejora sustancial en mi alimentación diaria, que por ahora se limitaba a pan. Y daba gracias por ello. Hoy la paja, pensé, mañana la gallina y pasado los huevos. Se me hacia la boca agua.

Entre sueño y sueño me encontré pegado al cobertizo, y solo tenía que doblar la esquina para llegar a la puerta. Me asomé primero, para confirmar que no hubiera omorukeles en la costa (como solía decir Berger, espero no ofender a mis amigos del Honorable Lago). Ni rastro de granjero, ni de perro ladrador. Llegué hasta la puerta y, sorpresa, estaba cerrada. Cerrada con cerradura, quiero decir. Mi primer instinto fue intentar abrirla con más fuerza, como si el cerrojo fuera una ramita a punto de quebrar. Lo intenté más veces de las que me gustaría admitir, hasta que opté por cambiar de estrategia. Entonces usé mis pies. Tampoco funcionó y, además, me hice daño. Eché de menos las botas de Gavin, que me habrían protegido el dedo gordo y probablemente con ellas habría podido echar abajo un tablón. Pero dicen que a la tercera va la vencida. Todos los vagos deberían perseverar, al menos hasta el tercer intento, os lo aseguro.

Rodeé el cobertizo con mi andar de ladrón, cauto, sigiloso y lento. Iba examinando el suelo, pues había llovido dos días antes y estaba seguro de que esos cimientos no eran ni muy profundos ni muy estables. Di con una zona en relieve e hice lo más sensato: cavar. Como entre la casa y yo se encontraba el cobertizo, era imposible que me viera nadie. Me lo tomé con calma, prefiriendo guardar energías por si tocaba correr más tarde. El tablón cedió, y lo bueno que tiene la desnutrición es que cabes por resquicios inimaginables. Yo cupe, y el saco de arpillera tras de mí.

Por dentro, el cobertizo olía a tierra y a grano. El techo a dos aguas estaba hecho de paja bien compactada, pero esa no me iba a servir. La luz de la luna se filtraba por los resquicios que dejaban los tablones de la pared y las vigas del techo, de donde colgaban herramientas de labranza. Había un montacargas en un rincón y supuse que en el desván superior habría más

paja, porque ahí abajo no había suficiente. Como era mi primer robo de paja, decidí que sería mejor moderar me que andar haciendo el mono con un montacargas que no sabía usar. Caminé con premura hacia la montaña de paja que había en un rincón. Un gato maulló, infligiéndome un susto que casi acaba con mi vida en ese instante. Con el corazón en un puño y mi capa de valor a la espalda, empecé a llenar el saco de arpillera.

Hasta que oí el giro de una llave en la cerradura. Siguió la bomba de mi corazón. El quejido de los goznes. Otra vez el gato. Solo me quedaba una salida, y era esconderme. Arrastré el saco y me zambullí en la paja, como si del río se tratara.

Estaba oscuro. De hecho, no veía nada. Y me había tirado de cabeza, de modo que, si quería mirar entre la paja hacia la entrada del granero, tenía que girarme. Eso habría hecho demasiado ruido y alertado al vigía, conque decidí quedarme inmóvil, sin saber muy bien si mis pies sobresalían y rezando para que el anfitrión no usara el mismo método que el bueno de Berger para ver si había intrusos en la paja. Mi trasero había sufrido patadas, y muchas, pero no estaba preparado para horquillas ni rastrillos.

Cambié de parecer en cuanto al gato que me había dado un susto de muerte cuando oí su gatear por el suelo, alejándose. Y luego la voz del buscador.

– Oh, eres tú, Horasio. Estas no son horas para estar maullando tan fuerte.

Y, tras una ronda de pasos dubitativos, el hombre cerró la puerta, giró la llave y se alejó. Yo esperé mucho más de lo prudente, en esa posición tan poco gloriosa, con la sangre de los pies en la cabeza y hormigas correteando por mis venas.

Cuando salí de allí, olía a pis de gato, pero jamás me importó. Estaba en deuda con ese tal Horasio. Esa noche conseguí paja para mi jergón y agua para mi pellejo que aproveché a rellenar en el abrevadero.

La fortuna estaba empezando a sonreírme, y esa sonrisa es descaradamente contagiosa. Con ella puesta anduve por las oscuras calles de la Baja Magnalia, ignorando por completo los peligros de los bajos fondos y pensando en mis próximos golpes. Conseguir pan y fruta era pan comido. La paja, un bien adquirido. Mi refugio iba a necesitar calor para las noches frías y armas para su defensa. Decidí que necesitaba urgentemente un cuchillo. Es ese tipo de objetos que conviene tener antes de necesitarlo realmente. Un amigo de Berger solía decir que nunca se tienen suficientes cuchillos. Con ninguno en mi posesión, tal era mi caso.